

XX Domingo de Tiempo Ordinario

- **Prov 9, 1-6.** Comed de mi pan, bebed el vino que he mezclado.
- **Sal 33.** Gustad y ved qué bueno es el Señor.
- **Ef 5, 15-20.** Daos cuenta de lo que el Señor quiere.
- **Jn 6, 51-58.** Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida.

1. Desde la Palabra de Dios

El evangelio de este domingo nos sigue presentando el discurso de Jesús sobre el Pan de Vida. Jesús se presenta como el pan bajado del cielo, pero... a diferencia del maná que también bajó del cielo, el que Jesús ofrece no vale para quitar el hambre fugaz y momentánea, sino el hambre más honda: la del corazón.

Jesús viene como el Pan definitivo que el Padre envía, para saciar el hambre más profunda y decisiva: el hambre de vivir y de ser feliz. ...Su Persona viva es el Pan que el Padre da. Comer este Pan que sacia todas las hambres significa adherirse a Jesús, entrar en comunión de vida con Él, compartiendo su destino y su afán, ser discípulo, vivir con Él y seguirle.

Pero seguir a Jesús, nutrirse en Él, no significa desatender y abandonar a los demás. ...Jamás los verdaderos cristianos y nunca los auténticos discípulos que han saciado las hambres de su corazón en el Pan de Jesús, se han desentendido de las otras hambres de sus hermanos los hombres.

Comulgar a Jesús no es posible sin comulgar también a los hermanos. No son la misma comunión, pero son inseparables. Y esto lo ha entendido muy bien la Iglesia cuando al presentarnos hoy la fiesta del Corpus Christi en la cual adoramos a Jesús en la Eucaristía, nos presenta también a los pobres e indigentes, en el día de Caritas.

Difícil es comulgar a Jesús, ignorando la comunión con los hombres. Difícil es saciar el hambre de nuestro corazón en su Pan vivo, sin atender el hambre de los hermanos: tantas hambres en tantos hermanos.

2. Desde el corazón de la Iglesia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En estos domingos la Liturgia nos está proponiendo, del Evangelio de san Juan, el discurso de Jesús sobre el Pan de Vida, que es Él mismo y que es también el sacramento de la Eucaristía. El pasaje de hoy (Jn 6, 51-58) presenta la última parte de ese discurso, y hace referencia a algunos entre la gente que se escandalizaron porque Jesús dijo: «El que come mi carne y

bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día» (Jn 6, 54). El estupor de los que lo escuchan es comprensible; Jesús, de hecho, usa el estilo típico de los profetas para provocar en la gente —y también en nosotros— preguntas y, al final, suscitar una decisión. Antes que nada las preguntas: ¿qué significa «comer la carne y beber la sangre» de Jesús? ¿es sólo una imagen, una forma de decir, un símbolo, o indica algo real? Para responder, es necesario intuir qué sucede en el corazón de Jesús mientras parte el pan para la muchedumbre hambrienta. Sabiendo que deberá morir en la cruz por nosotros, Jesús se identifica con ese pan partido y compartido, y eso se convierte para Él en «signo» del Sacrificio que le espera. Este proceso tiene su culmen en la Última Cena, donde el pan y el vino se convierten realmente en su Cuerpo y en su Sangre. Es la Eucaristía, que Jesús nos deja con una finalidad precisa: que nosotros podamos convertirnos en una sola cosa con Él. De hecho dice: «El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él» (v. 56). Ese «habitar»: Jesús en nosotros y nosotros en Jesús. La comunión es asimilación: comiéndole a Él, nos hacemos como Él. Pero esto requiere nuestro «sí», nuestra adhesión de fe.

A veces, se escucha esta objeción sobre la santa misa : «Pero, ¿para qué sirve la misa? Yo voy a la iglesia cuando me apetece, y rezo mejor en soledad». Pero la Eucaristía no es una oración privada o una bonita experiencia espiritual, no es una simple conmemoración de lo que Jesús hizo en la Última Cena. Nosotros decimos, para entender bien, que la Eucaristía es «memorial», o sea, un gesto que actualiza y hace presente el evento de la muerte y resurrección de Jesús: el pan es realmente su Cuerpo donado por nosotros, el vino es realmente su Sangre derramada por nosotros. La Eucaristía es Jesús mismo que se dona por entero a nosotros. Nutrirnos de Él y vivir en Él mediante la Comunión eucarística, si lo hacemos con fe, transforma nuestra vida, la transforma en un don a Dios y a los hermanos. Nutrirnos de ese «Pan de vida» significa entrar en sintonía con el corazón de Cristo, asimilar sus elecciones, sus pensamientos, sus comportamientos. Significa entrar en un dinamismo de amor y convertirse en personas de paz, personas de perdón, de reconciliación, de compartir solidario. Lo mismo que hizo Jesús.

Jesús concluye su discurso con estas palabras: «El que come este pan vivirá para siempre» (Jn 6, 58). Sí, vivir en comunión real con Jesús en esta tierra, nos hace pasar de la muerte a la vida. El Cielo comienza precisamente en esta comunión con Jesús.

En el Cielo nos espera ya María nuestra Madre. Que Ella nos obtenga la gracia de nutrirnos siempre con fe de Jesús, Pan de vida.

(Papa Francisco. Angelus, 16/08/2015)

3. Desde el fondo del alma

Señor Jesús:

¿De qué nos sirve hablar todas las lenguas?
Si nos falta el amor, sólo hacemos ruido.

¿De qué nos sirve hablar en nombre de Dios,
conocer los secretos y poseer toda la ciencia?
Si nos falta el amor, nos falta lo esencial.

¿De qué nos vale tener tanta fe como para mover montañas?
Si nos falta el amor, nada somos.

¿De qué nos sirve entregarlo todo a los pobres,
e incluso entregar la propia vida?
Si nos falta el amor, de nada nos aprovecha.

Señor Jesús, tú nos enseñaste:

Que el amor es comprensivo y servicial;
que nada sabe de envidias, de arrogancias ni de orgullos.

Que el amor no es grosero ni egoísta,
no se impacienta, no es rencoroso.

Que lejos de alegrarse con la injusticia,
el amor encuentra el gozo en la verdad.

Que el amor disculpa sin límites, confía sin límites,
espera sin límites, soporta sin límites.

Tú nos enseñaste, Señor Jesús,
que el amor es más fuerte que la muerte.
Señor, enséñanos a amar.